

Emilio Zolezzi

CUANDO NOMBRE LA ROSA

Como va medido en palabras
cumple a tientas su cometido
aquí, el tiempo
y vive, lejos aun de su nombre
entre líneas y espacios
y un pulso que conmueve en golpes
cada vez más duros y opacos.

El silencio le va ganando
huecos de luz
y libra su batalla
dentro de la célula última,
en la pulpa más honda
donde sus cuadros enrojecen
lentos,
obstinados allí, donde se cumple
su etapa en la epopeya,
la verdadera,
la de cada día y su asombro
su segura victoria resonando
sabedor que derrocha
invenciones y nutre
un hueco para ti,
una nueva tibieza
sin alzar sus trofeos:
una nube, tu cuello,
ni mi corazón que escucha a lo lejos.

Un día, como un caudillo,
nos dijo su eternidad
y que una paloma bajo un alero
la proclamaba.
Nos dijo qué busca y por qué

quiere quebrar tu edad,
recobrártela en lucha
cada tarde que alzas ante él.

De pronto,
le porfía el silencio
vivientes islas verticales,
balcones y columnas
o tardes, y quiere adosárselas
con una cal enemiga y espesa
entre poemas vivos y el acero del aire.

(Que yo cante el contorno
que tú lo cantes;
que mires el violento
amarillo y lo rasgues
y entreabras un espacio profundo
y le claves una rosa en el centro.
Pero el aire,
el de la rosa,
el aire que no la besa
y sustenta la música
que oye,
dice:
Que yo no mire la rosa,
que tú no mires la rosa
si no la llevas adentro,
en el latido último, el que está
y se tiñe, y engendra
monstruos y una canción
que te iluminará mañana.)

Alguien golpea su pecho y alcanza
a comprobar que vive
al borde de un alerta.
Sabe que ésta es la hora
y que aquí se decide
y que es éste el silencio.
(Queda, todavía, una nube.)

Una lámpara brilla
y a un rostro da vida, bajo la noche.
Y un rocío le empaña
su luz cada mañana.
Mírame. Allí estoy; allí,
sin el muro que Dios
nos concede, por veces,

en lugar de la piel.
Allí; oh, desollado.
Sin embargo,
yo sólo oí cantar
a una oscura mujer
en un ámbito donde el agua
cubrió entera la noche
y su canto.
Yo la doré
y la noche fue una niebla final
de bocinas mortuorias
y rozándome,
incendiado, lo vi.
Era el tiempo. Y yo, su resplandor,
fui señal de su rumbo.
Un solo éxtasis, seguro.
(También en la ira de la montaña
la vez que me tocó).

Pero ¿quién dice: nube?
¿Quién abate esta sombra
que nos crece por dentro?
¿Dónde está el vidrio que resbale
por tu mejilla y dé un sonido
que incendie un pentagrama
junto a la rosa de papel
para que yo sepa que él vive
y dé razón a su batalla
y dé razón a su color?

Mas dorada será la tarde
en que vuelvan las armas a mis manos
y yo recuerde una cabeza derramada
junto a una ventana que mire hacia el Sur.

EL CONVOCADO

¿Es posible trocar el pan,
hacerlo ala?
Junto a un río
y a su temor, intacta
la desnudez de un combatiente brilla
mientras el agua teje

su claridad entre piedras
y da su nombre al pan
y al ala da su nombre.

(Angélica en su lustre, la piel.
La entraña, silencio y sal.)

Y sin embargo,
cuánta más verdad supo
el que inventó río, temor,
su combatiente y ala,
sólo su pan —amor- bajo la lluvia,
que éste, el dividido
que en plurales razones
partea su final entre las noches
innumerables, cuando el aire niega
lugar para la sangre y su reposo;
mitad escamada, opaca; mitad,
la otra, fluyendo entre islas
que la demoran
y le dan tibieza y la acogen
al reparo del pie
de los primeros sauces,
pacientes artesanos
del tiempo de la tierra,
del sueño de sus hombres.